

FR. DR. ANÍBAL FOSBERY OP  
*Fraternidad de Agrupaciones Santo Tomás de Aquino*  
*Argentina*  
*privada@fasta.org.ar*

## ***In memoriam del Dr. Alberto Caturelli***

*Buenos Aires, 17 de octubre de 2016*

La noticia nos golpeó fuertemente. No había muerto uno de esos «ricos y famosos» de los que se ocupan muchas publicaciones de nuestro país. Sin duda el querido y admirado Dr. Alberto Caturelli era también un «rico» de las cosas de Dios, de la fe y de la Patria, que lo habían hecho «famoso» a la intelectualidad de todo el mundo con sus muchísimas publicaciones, fruto de sus largos años de docente de la Facultad de Filosofía de la benemérita Universidad de Córdoba, y un reconocido investigador del CONICET.

Imposible hacer presente en este «in memoriam» el vastísimo aporte que Caturelli hizo a la historia, la filosofía y al pensamiento cristiano.

Tengamos en cuenta que el repertorio completo de sus obras, tal como aparecen en la bibliografía que él mismo compuso, cuenta de 31 libros; 15 ensayos; 476 artículos y escritos en revistas y publicaciones de su especialidad, aparecidos no solo en nuestra patria, la Argentina, sino en las más importantes publicaciones del mundo.

No solo eso, su aporte intelectual fue tan importante para los pensadores contemporáneos que se convirtió en materias y temas de ensayos, libros y tesis de doctorandos y, estudiosos de universidades como la de Sevilla (1966); de Belo Horizonte (1975); Málaga (1992); Barcelona (1992), México (1995); Génova (1996).

Unos se ocuparon de desarrollar la obra filosófica de Caturelli (Edgardo Fernández Sabaté); otros trabajaron sobre el pensamiento antropológico cristiano en Iberoamérica y, de modo especial, en Caturelli (José Aguirre de Carcer). En la Universidad de Belo Horizonte se ocuparon del fundamento filosófico del pensamiento de Caturelli y el problema de Dios (Andrés Eduardo Guimarães). En España abordaron su pensamiento respecto a los temas de persona y trascendencia (Felipe Escudero Rodríguez), ser y trascendencia en la metafísica de Caturelli (Juan Manuel Díaz Torres) y en Génova el mismo autor indagó sobre el acto propio del filósofo en el realismo del pensamiento de Caturelli.

Todos estos temas se concretaron en tesis de licenciatura o doctorado en filosofía. Otros aspectos de su personalidad intelectual fueron abordados en artículos, capítulos y exposiciones en libros y diccionarios que conforman un conjunto de 32 publicaciones.

Acerca de él se explayan docentes e investigadores de Santiago de Chile (1959); Lovaina (1962; Buenos Aires (1962); México (1964); Torino (1965); Buenos Aires (1966); Firenze (1967); Mendoza (1970); Londres (1971/72); Milano (1976); Belo Horizonte (1977); Frankfurt (1981); Raleigh, Carolina del Norte (1984); París (1984); Città del Vaticano (1984); Madrid (1985); Madrid (1986); Génova (1985); Buenos Aires (1988); Barcelona (1989); Ginebra, Suiza (1989); Málaga (1990); Buenos Aires (1990); Buenos Aires (1992); Toulouse (1993); Frankfurt (1994); Firenze (1994); Buenos Aires (1994); Italia (1996)<sup>1</sup>.

Su tarea intelectual comienza cuando solo hace tres años que se ha graduado en la facultad de filosofía de Córdoba, cuya Universidad fue para él, según nos lo dice, «su hogar espiritual». Nos sorprende publicando en la revista de la facultad un trabajo sobre «la filosofía del profesor Nimio de Anquín». A partir de esa publicación podríamos afirmar que se irán sucediendo, año a año, numerosos e importantes aportes de su pen-

---

<sup>1</sup> Los detalles de esta sucinta información se pueden encontrar en su libro *Historia de la Filosofía en Argentina*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, Universidad del Salvador, 2001, pp. 1425-1450.

samiento hondamente encarnados en la realidad del mundo y de su patria.

Si tuviéramos que definir su personalidad, nos atreveríamos a afirmar que el maestro, doctor y amigo Alberto Caturelli fue un auténtico testigo de la fe católica en la sociedad contemporánea. Esto lo hizo formando una familia, en 1951, con la que fue la mujer de toda su vida: Celia Isabel Galíndez Simian, con la que contrajo matrimonio. Ella también egresada y profesora de la misma facultad. Sobre el hecho de su matrimonio nos dice Caturelli: «juntos construimos un ‘equipo’ de dos (que son uno) que piensa y lucha sin descanso y de cuya unidad absoluta han nacido muchas obras, además de los ocho hijos que hemos traído al mundo». Concluye su narración señalando que «sobre nuestras espaldas hay, quizá, unos 1900 años de catolicismo, al que siempre nos hemos mantenido fieles, por gracia de Dios».

Se puede identificar a Caturelli con esa pléyade de testigos de la fe católica en la sociedad contemporánea, como lo fueron y lo siguen siendo el cardenal Newman, Gilbert K. Chesterton, Romano Guardini, Miguel Federico Sciacca, Josef Pieper y Jacques Maritain o Federico Ozanam, entre otros.

Entre los nuestros lo podemos asociar a alguno de los pensadores católicos de nuestra patria que él mismo ha estudiado, como ser: Fray Mamerto Esquiú, Manuel Demetrio Pizarro, Manuel Estrada, Pedro Goyena, Tristán Achával Rodríguez, Luis Fernando Falorni, Jacinto Ríos, Saúl Taborda, Monseñor Andino Rodríguez y Olmos, Luis G. Martínez Villada, Rodolfo Martínez Espinosa, César Pico, Tomás Darío Casares, Alberto Rouges, Nimio de Anquín, Juan R. Sepich, Alfredo Fragueiro, Guillermo Furlong, Diego F. Pró, Francisco García Bazán, Sisto Terán, Fray Mario José Petit de Murat, Manuel Gonzalo Casas, Fernández Sabaté, Adalberto Villecco, Raúl Echauri y Octavio Nicolás Derisi.

Solo nombramos a muchos pensadores católicos argentinos, algunos de los cuales fueron contemporáneos de Caturelli, otros no. Todos estudiados y considerados por él en sus obras, y todos, como él, testigos de un «humus» de argentinidad tradicional y hacedores intelectuales de una Argentina católica.

Nos cuenta Caturelli en los trazos biográficos que aparecen en un cuestionario que le hacen en la ciudad de Génova entre julio y septiembre de 1985, y que se publicó en la sección «Filosofí contemporanei» de *Filosofía Oggi*, VIII, n. 3, pp. 423-448, que nació el 20 mayo 1927, el segundo de cinco hermanos, tres mujeres y dos varones, en la villa de Arroyito, a unos 100 km de Córdoba. Sus padres, Don Renato Arturo Caturelli Galli y Doña María Virgili Oskeret le bautizaron en la capilla de San Cayetano, donde ellos se habían casado. Sus abuelos eran italianos, toscanos y descendientes de una antigua familia de Lucca. Su familia entronca con un bisabuelo materno austriaco y una bisabuela criolla de sangre española. Uno de sus ancestros, Pietro Caturegli, fue un famoso matemático, astrónomo y profesor de óptica de la Universidad de Bolonia. Toda esta historia de la prosapia familiar, Caturelli la comenzó a conocer de labios de su abuela que se la contaba «mientras lo tenía tomado de las manos». Ella también permanentemente le decía: «ahora eres tú el encargado de seguir esa tradición».

En 1937 muere su padre cuando Caturelli tiene apenas 10 años de edad y deja grabado en su espíritu «su honradez perfecta y su acrisolada moralidad<sup>2</sup>».

Su madre fue su maestra en el 5º grado del primario «y yo fui siempre su alumno», nos dice Caturelli.

Después de la muerte de su Padre, la familia se traslada a la ciudad de Córdoba, donde cursa los estudios secundarios en el Colegio Nacional.

Los profesores que más influyeron en su formación universitaria fueron Alfredo Fragueiro, Rodolfo Mondolfo y Nimio de Anquín.

En 1953 defiende su tesis doctoral, bajo el padrinazgo de Alfredo Fragueiro, sobre el pensamiento de Mamerto Esquiú, el Santo obispo de Córdoba, como ya dijimos.

El padre Guillermo Furlong, el año mismo que aparece la primera edición del libro sobre Monseñor Esquiú (1953) y sin conocer aún a Alberto Caturelli, se pregunta, a modo de profecía, en un artículo que escribió para la revista «Estudios» (T.

---

<sup>2</sup> Caturelli, A., *Ibidem*, pp. 923-945.

87; n.º. 464; pág. 569): «¿Será el doctor Caturelli el llamado a escribir la Historia de la Filosofía en el Río de la Plata o habremos de esperar a otro? ¿Será él el futuro autor de la Historia de los Heterodoxos en la Argentina, o tendremos que esperar a otro?» No sabemos si esa afirmación-pregunta de Furlong se la reveló el Espíritu Santo, pero lo cierto es que así se dará unos años después<sup>3</sup>.

Pero volvamos a los orígenes de su formación para acercarnos mejor a su pensamiento.

En 1956 y a los 29 años de edad gana por concurso el cargo de profesor titular en su querida Facultad de Filosofía de la Universidad de Córdoba, donde había logrado una importante y sólida formación escolástica y tomista. De ahí en más comienza su propia tarea de formación. A esta formación primigenia le iba luego a sumar su famoso y lúcido estudio sobre San Agustín, que marcaría la impronta posterior de su pensamiento.

Junto al obispo de Hipona, Caturelli recibió gustoso la influencia de los Santos Padres de la Iglesia, especialmente los griegos. Aristóteles y Platón van a estar siempre presentes en sus indagaciones filosóficas, como así también, entre los contemporáneos, estudió a Blas Pascal, Juan B. Vico, Maurice Blondel, Louis Lavelle, Martín Heidegger.

De esta manera queda de manifiesto su peculiar y amplia erudición que no lo transformó en un ecléctico. Siempre miró la realidad y a los autores del mundo intelectual desde una fe católica luminosa y fuertemente radicada en su espíritu.

Supo entonces encontrar, desde una explícita o implícita relación de la fe con la razón, atinadas respuestas a los problemas que las realidades y la cultura contemporánea intentaban mostrar.

Nunca renunció a su formación escolástica y por eso mismo pudo estudiar e interpretar a autores como Julio Meinvielle, Gilson, A. G. Sertillanges, Santiago Ramírez, González Álvarez y hasta el mismo Cornelio Fabro.

---

<sup>3</sup> Cf. Caturelli, A., *La filosofía en Argentina actual*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1963, *idem* *Sudamericana*, Buenos Aires, 1971; *Ibidem*, «La filosofía en Argentina, Uruguay, Chile e il Perú», en *La Grande Antología Filosófica*, Marzorati, 1977; *ibidem* *Historia de la Filosofía en Córdoba*, 3 volúmenes, Córdoba 1992/1993.

Ese espíritu que lo hizo siempre sentirse servidor de la verdad le permitió tener y cultivar la amistad de otros grandes pensadores como fueron Monseñor Octavio Nicolás Derisi, profundo estudioso de Santo Tomás de Aquino, y Michele Federico Sciacca, quien le acercó a San Agustín, a Rosmini y al mismo Santo Tomás «a cuya doctrina esencial me mantuve siempre fiel<sup>4</sup>».

Él mismo señala que toda la urdimbre de su espíritu «le constituye hoy en un pensador contra-corriente, crítico tenaz de las pseudo filosofías que, como una nueva invasión bárbara, han corrompido el espíritu de occidente<sup>5</sup>». Su alma profundamente cristiana lo saca inmediatamente de cualquier tipo de deambular escéptico y, mirando las cosas desde lo trascendente de la fe, agrega: «también como cristiano me siento hoy, en las catacumbas que no tienen por qué ser necesariamente materiales. Dios sabe por qué y, conociendo mi propia pequeñez, le doy gracias por ello<sup>6</sup>».

El pensamiento filosófico de Caturelli puede entenderse por las vertientes de su formación, desde lo familiar hasta lo académico, que le permitió desplegar un pensamiento cristiano frente a lo bueno y lo malo de la realidad que le tocó vivir.

En el cuestionario de preguntas que le hacen para «Filosofía Oggi<sup>7</sup>», María Adelaida Raschini y Pier Paolo Ottonello, lo colocan, dice Caturelli, «en la difícilísima situación de tener que hablar de mí mismo». Lo hace y entonces deja como legado para el sentir del filosofar cristiano de hoy, una serie de temas y respuestas que manifiestamente expresan los más hondos sentimientos de su espíritu católico frente a su concepción de la filosofía; la metafísica cristiana; su denuncia a la filosofía moderna y contemporánea de no ser plena filosofía; del conocimiento del ser para restaurar la metafísica; el tema contemporáneo del hombre; la moral y la cultura; el trabajo; la educación; el orden temporal; la historia iberoamericana y el mundo actual; el sentido de la investigación histórica.

---

<sup>4</sup> Caturelli, A.: *Historia de la Filosofía en Argentina*; *ibidem*; p. 925.

<sup>5</sup> *Ibidem*

<sup>6</sup> *Ibidem*

<sup>7</sup> Cf. *Filosofía Oggi*, VIII, julio-septiembre 1985, n° 3, pp. 423-445, Génova.

Sobre el final de este cuestionario de preguntas que solo podemos señalar pero donde en las respuestas de Caturelli está desplegado todo el riquísimo contenido de las verdades que identifican en él a un auténtico testigo de la fe contemporánea, se le pregunta sobre sus proyectos.

Caturelli se apresura a contestar que sí, su proyecto mira a «cumplir los deseos del Padre Furlong de hace más de 30 años» cuando a modo de profecía se preguntaba si Caturelli sería el que escribiría la filosofía de nuestra patria o habría que esperar a otro.

Caturelli amplió y nos dejó, en el año 2001, ese extraordinario volumen de 1485 páginas que no puede llevar otro nombre sino el que le puso su autor: «Historia de la Filosofía en la Argentina», donde le suma, al contenido propio de la obra, su propia bibliografía o «mi propio fichero bibliográfico», con el cual completa 493 páginas del total. A esta extensísima y valiosísima bibliografía Caturelli va a agregar 1313 nombres de autores citados por él en el libro o de los que han merecido algún tipo de consideración. Con la bibliografía publicada Caturelli busca no solo cumplir con una inexorable exigencia científica, sino «ofrecer la más completa información posible de las fuentes del pensamiento nacional».

No tenemos temor en afirmar que esta «Historia de la Filosofía en la Argentina» es el aporte intelectual más importante que se ha hecho sobre el pensamiento nacional.

No se trata de un elenco de autores cronológicamente distribuidos y conceptualmente sistematizados. Para Caturelli, la verdad se muestra en la historia y lo que nos proporciona Caturelli con esta publicación, fruto de una profunda, larga y empeñosa investigación, es el pensamiento argentino a partir de su circunstancia histórica. Para él «el pensamiento teórico hunde sus raíces en el humus de su situación histórica pues, aunque la verdad trasciende inconmensurablemente a la historia, no se da sino en la historia».

Esta suerte de «intuición» se fue afirmando a medida que Caturelli fue incursionando sobre el pensamiento argentino, de modo especial cuando elabora su tesis doctoral (1953) sobre fray Mamerto Esquiú y esa preocupación que él define como: «Argentina, hispanoamericana e hispánica». Este modo de enfrentar la realidad de América a partir de sus pensadores, filósofos, políticos o ensayistas, se va extendiendo con estudios más generales o en sus ensayos estrictamente teóricos sobre América, publicados entre 1959 y 1961.

Él mismo nos muestra el desafío que asumió: «había que cambiar el rumbo de muchas investigaciones llevadas a cabo sin criterio científico riguroso, sin una buena exégesis de las fuentes y, muchas veces, con orientación sectaria; hubo que demostrar que la llamada generación de los fundadores era un invento fantástico si por tales se tenía a los críticos del positivismo ya en los primeros 30 años de este siglo XX; y hubo también que demostrar que el pensamiento nacional no había comenzado en 1810 sino que había que remontarse a los primeros 40 años del siglo XVI. Una vieja pasión anticatólica y antiespañola insistía en borrar para siempre cuatro siglos de historia<sup>8</sup>.»

Es este «humus» de argentinidad que Caturelli nos muestra como fruto de sus largos años de investigación y docencia. A él se debe el haber encontrado en archivos y bibliotecas de la época colonial autores y publicaciones que no se conocían, pero que le permitieron fundamentar su opinión.

Años antes de esta publicación ya empezó Caturelli a incursionar conforme a su teoría sobre el pensamiento argentino y de allí su libro «La Filosofía en la Argentina<sup>9</sup>». Por supuesto que su pensamiento es criticado y rechazado por algunos escritores del positivismo argentino, quienes opinaron que tenía «una mayor carga de subjetividad» o que «estaba demasiado vencido hacia la exposición del pensamiento católico<sup>10</sup>». A lo

---

<sup>8</sup> Cf. *Ibidem*, p. 944.

<sup>9</sup> Caturelli, A., *Sudamericana*, Buenos Aires, 1971.

<sup>10</sup> Cf. Torchia Estrada, J. C.; «Bibliografía reciente sobre el pensamiento filosófico latinoamericano», en *Cuadernos de Filosofía*, XVI, 24/25, p. 112, Buenos Aires, 1976. Pucciarelli, E., *Problemas del pensamiento argentino*, en *ibidem*, XV, 22/23, p. 2, Buenos Aires, 1975.



que Caturelli respondía que: «si queremos que haya justicia histórica con el abundante, serio y muchas veces profundo pensamiento católico de nuestro país, habrá que seguir trabajando con la acostumbrada carga de subjetividad».

Este es el más importante legado que nos deja el admirado y querido Prof. Alberto Caturelli, además de todos los demás aportes que hizo al pensamiento filosófico contemporáneo, buscando siempre encontrar la razón con la fe, siguiendo a San Agustín y a Santo Tomás de Aquino.

Todo esto vivido desde la rectitud y el rigor científico de un docente e investigador cristiano, han hecho de él un verdadero testigo de la fe contemporánea.

Esta «Historia de la Filosofía en la Argentina», uno de sus últimos libros, Caturelli lo dedicó a Nuestra Señora de Luján, Patrona de la Argentina, a cuyos pies depositó la obra «con amor filial». Siempre esperó que obras similares se desarrollaran en los otros países de Hispanoamérica, como fundamento de esa cultura criolla, es decir, que no es ni aborígen ni española, pero que dejó presente y para siempre, los valores y virtudes de la cultura fundacional que da coherencia y unidad a la Patria Grande.

Se nos fue el querido amigo Alberto Caturelli. Nos deja el recuerdo de su hombría de bien vivida junto a su muy querida esposa de toda su vida. A ella le agradece lo que significó en su vida: «dejo constancia de mi deuda inconmensurable con Celia, mi mujer, porque pasó esta obra en la computadora, porque me hizo observaciones valiosísimas, porque corrigió errores y posibilitó que este esfuerzo lograra su fin. Pero esta deuda es mucho más profunda y también mi gratitud, porque ella ha sido siempre, con su presencia total, el sostén y la vida. Como dice el autor de los Proverbios:

*le hace a su marido, siempre bien,  
nunca el mal, todos los días  
de su vida (31, 32).*

Y porque, con cada intervención suya,

*abre la boca con sabiduría,  
y la ley del amor gobierna su lengua (26).*

Y así termina Caturelli su testimonio de gratitud: «creo que, sin ella, esta obra no hubiese existido y agradezco a Dios que me dio a Celia para siempre».

Hoy Alberto y Celia están participando juntos la promesa del Señor:

*Padre quiero que donde yo esté  
estén también conmigo los que  
tú me has dado,  
para que contemplan mi gloria (Jn 17, 24)*